

## Capítulo 1

*En el cual aún no se pone en marcha el argumento, sino que simplemente se intenta que el amable lector que no conoce el tomo I de la historia se aproxime un poco a la heroína del argumento.*

**M**argarethe Maria Sackmeier, llamada Gretchen, tenía quince años de edad, ojos de un tono gris profundo como las piedras de un río, el cabello castaño claro y una diminuta nariz de bebé. Medía un metro sesenta y seis centímetros de altura y pesaba cincuenta y seis kilos. Si Uschi 1 y Uschi 2 (Uschi Meier y Uschi Kohl), que se sentaban delante de Gretchen en la clase, continuaban diciendo cuando hablaban de ella «Gretchen la gorda», se debía únicamente a la lenta capacidad de apreciación de ambos Uschis. Lo cierto es que el año pasado Gretchen sí estaba gorda como una

bola. Medía seis centímetros menos y en cambio pesaba seis kilos más.

—Este año lleno de preocupaciones y disgustos ha dejado a la pobre criatura en los huesos —solía decir la abuela Zwettler, que se llamaba así porque vivía en Zwettl, sacudiendo, entre preocupada y triste, su mofletuda cabeza. Y el padre de Gretchen asentía, suspiraba y hundiendo su papada en el pecho, se quejaba:

—Sí, sí, ¡es una desgracia! Lo delgadita que se ha quedado la pobre chiquilla; incluso habría que decir que está flaca. ¡Un viento de fuerza cuatro tumbaría a nuestra pobre Gretchen!

Por su parte, Gretchen no se consideraba «una pobre chiquilla» y tampoco le parecía haber pasado un año lleno de preocupaciones y disgustos, ni que un viento de fuerza cuatro constituyera un peligro para su equilibrio.

—¡Está claro que estar delgado es mucho más sano que estar gordo! ¡Hoy en día eso lo sabe cualquier persona medianamente culta! —se defendía Gretchen repetidas veces ante su padre y la abuela Zwettler, y también decía—: ¡No seáis tan cursis!

Ya no vivimos en el siglo pasado. Hay montones de padres que viven separados. Es normal. Y en comparación con el comportamiento de otros viejos, el circo que están montando papá y mamá es una nadería.

A la abuela Zwettler le impresionaban mucho esos discursos. Tanto lo que decía como la forma en que lo decía le desagradaban enormemente.

—Pero Gretchen, ¡no hables así! —se quejaba—. Gretchen, así no habla una niña que se precie —y—: Gretchen, antes no hablabas así; la culpa la tiene esta vida desquiciada que tienes que llevar ahora. ¡Te estás abandonando completamente, Gretchen!

La vida «desquiciada» que ahora tenía que llevar Gretchen y que según la opinión de la abuela la había conducido a esa degradación social, no era ciertamente la más corriente. Los padres de Gretchen, un matrimonio conocido y ensalzado en todas partes como modélico y ejemplar, se habían separado tras meses de peleas y de riñas. Las peleas y las riñas habían surgido porque la madre de Gretchen quería volver a estudiar. Quería ser asis-

tente social. No quería continuar siendo simplemente un ama de casa. Pero lo cierto es que esto apenas hubiera bastado como motivo de separación. Cuando los amigos le preguntaban a Gretchen por qué se habían separado sus padres, Gretchen, si tenía un día sincero, contestaba:

—Yo creo que ya no había mucho amor entre ellos. Y se dieron cuenta cuando empezaron a pelearse muy a menudo.

De todas maneras, después de una pelea especialmente dura, la madre de Gretchen se marchó a casa de su amiga Marie-Luise y se llevó consigo a Gretchen y a su hermana pequeña, Mädi. El hermano de Gretchen, Hänschen, se quedó con su padre.

La señora Meier se encargaba desde entonces de llevar la casa de papá. Iba cuatro veces a la semana y en cuatro horas ponía en orden todas las habitaciones y se sentía muy ofendida si el orden no se mantenía hasta el día siguiente. Y todos los viernes, intempestivamente temprano, venía la abuela Zwettler y cocinaba y freía y asaba y congelaba y luego, al anochecer, volvía a Zwettl.

Gretchen y la madre de Gretchen y Mädi y Marie-Luise y su hijo Pepi —de la misma edad que Mädi— tenían que arreglárselas sin una abuela y sin una señora Meier. Y por eso, en su casa las cosas iban, al menos en opinión de la abuela Zwettler, un poco manga por hombro. Y cuando Gretchen se rascaba la tripa, un tic que tenía casi desde que nació, a la abuela Zwettler le asaltaba la terrible idea de que Gretchen pudiera tener ácaros o pulgas o una erupción contagiosa.

—Porque —decía la abuela Zwettler— cuando no hay nadie que se ocupe de llevar la casa, esas cosas aparecen fácilmente.

Y, desde luego, alguien que se preocupara de verdad por las labores domésticas no había en casa de Gretchen. Marie-Luise trabajaba todo el día como asistente social y por las tardes llegaba a casa muerta de cansancio. La madre de Gretchen iba todo el día a la escuela y, como no estaba acostumbrada a estudiar, llegaba también bastante agotada. Mädi y Pepi, que acababan de cumplir ocho años, eran demasiado pequeños para hacer ningún trabajo en la casa, a excepción de vaciar el cubo de la

basura, y Gretchen tampoco sabía mucho de tareas domésticas. Como se suele decir, no tenía sentido de la limpieza. No se daba cuenta de que algo estaba sucio.

En la nueva casa de Gretchen, que la abuela llamaba «comuna», tampoco había mucho dinero. Marie-Luise no ganaba mucho como asistente social y la madre de Gretchen no ganaba nada. Recibía dinero del padre de Gretchen. El padre siempre hacía ver que le daba enormes sumas. La madre de Gretchen siempre hacía ver que recibía únicamente sumas minúsculas. Cuál de los dos tenía razón era algo que Gretchen no podía decidir y además tampoco le importaba mucho. No sentía que le faltara el dinero. Tenía lo suficiente para ir al cine o tomar un refresco y para comprarse de vez en cuando un disco o un libro. Y como no prestaba atención a la ropa, a los cosméticos, a la peluquería o a la bisutería o al resto de las fruslerías femeninas y en los últimos tiempos tenía aversión incluso a los dulces, no le faltaba de nada.

Lo cierto es que Gretchen estaba bastante satisfecha. La única preocupación verdadera que

tenía era la situación de su hermano Häschen. Häschen tenía trece años y estaba gordo como una bola de gelatina. Y la marcha de mamá, Gretchen y Mädi, según afirmaban con mucha seguridad los adultos, «no le había trastornado». Lo cierto es que funcionaba de alguna manera, comía cantidades enormes, que acompañaba con limonada, iba al colegio, no suspendía nada y tampoco se le veía realmente triste. Pero para alguien que conociera bien a Häschen y que lo quisiera tanto como Gretchen, estaba muy claro que no le iba en absoluto bien.

—No le pasa nada de nada, simplemente gruñe un poco de vez en cuando —solía decir Marie-Luise cuando Gretchen le hablaba de su preocupación por Häschen—. Es la pubertad. Es angustiante para él no ser ya un niño, ni tampoco un hombre. A todos les pasa. A unos les da por volverse groseros y a otros por hacerse huraños. *¡Ce la vie, Gretchen!*

A Gretchen esta explicación le parecía demasiado general y demasiado superficial. Pero aparte de con Marie-Luise, no podía hablar con nadie más

sobre Hänschen. Seguro que papá o la abuela Zwettler hubieran dicho:

—La única que tiene la culpa es tu madre. Esto es lo que ocurre cuando uno se emancipa de sus hijos sin ninguna consideración. Un niño no se desarrolla bien sin una familia sana.

Y con mamá tampoco se podía hablar de Hänschen. Estaba sumida hasta las orejas en sentimientos de culpa por causa de Hänschen. Y ya podía Marie-Luise repetirle cien veces que Hänschen se había quedado voluntariamente con su padre y que la madre no lo había rechazado ni repudiado. Y que el chico podía venir a vivir con ellas en cuanto quisiera. La madre de Gretchen se sentía, a pesar de todo, culpable.

—Lo he abandonado —decía ella.

—No, él no ha venido contigo —decía Marie-Luise. —Lo he decepcionado. A todos los niños los decepcionan sus padres —decía Marie-Luise.

—Pero Hänschen no lo superará —decía ella.

—Eso es lo que tú te imaginas —decía Marie-Luise—, porque durante años te han educado para ser una gallina clueca.

La madre de Gretchen estaba convencida de que su Hänschen se había quedado con su padre por pura rabia y despecho hacia ella. Y tampoco podía hacerse a la idea de que a Hänschen le pudiera ir bien sin su madre.

—Él siempre ha sido el que más me ha necesitado —decía.

—Si eso fuera cierto, querida Elisabeth —contestaba entonces Marie-Luise—, no vendría solamente una vez a la semana, sino mucho más a menudo. Y tampoco se limitaría a sentarse y a mirar como atontado la televisión y a engullir cacahuets. Si fuera como tú dices, se vendría a vivir con nosotras. Al fin y al cabo, ¡ya se lo hemos ofrecido suficientes veces!

—Él quiere que yo vuelva a ser la que era antes —explicaba la madre de Gretchen ante tales réplicas—. No se acostumbraría a vivir con la persona que soy ahora. —Y cuando tenía un día especialmente propenso a sentirse culpable, se le llenaban los ojos de lágrimas y añadía—: Para el pobre niño es como si yo hubiera muerto.

Puesto que Gretchen ya sufría demasiado bajo estos periódicos arrebatos maternos de culpabili-

dad, no quería que aumentaran a causa de sus propios pensamientos en lo referente a la condición psíquica de Hänschen.

Y los amigos de Gretchen tampoco eran los interlocutores más idóneos para este problema. Aquellos que no conocían a Hänschen pasaban totalmente del tema, y aquellos que conocían a Hänschen lo encontraban, dependiendo de su propio carácter, divertido, repugnante, increíble o simplemente nada interesante. Nadie le tenía el suficiente aprecio; ni siquiera Gabriele, la mejor amiga de Gretchen.

—No te enfades conmigo —decía Gabriele—. Ese chico se está convirtiendo sencillamente en un gordo repugnante y tú no puedes hacer nada. ¡Hay muchísimos como él en el mundo!

—Pero antes solo era gordo, no era repugnante —decía Gretchen—. Era amable y listo y bueno.

—Todos los gordos repugnantes lo habrán sido alguna vez —dijo Gabriele—, pero en algún momento uno tiene que comenzar a ser lo que será en el futuro.

La explicación le parecía a Gretchen bastante lógica, pero lo que no le parecía es que la cosa se terminara ahí.

A veces, sin motivo aparente, se despertaba en medio de la noche y tardaba mucho en volver a dormirse. Entonces pensaba en Hänschen y se preguntaba cómo podría ayudarlo y no encontraba respuesta.

Y a menudo, en esas horas de insomnio, le surgía la sospecha de que si no podía dormir era porque le faltaban los suaves y regulares ronquidos de su Hänschen. Siempre habían tenido sobre ella un efecto tranquilizador y más relajante que cualquier baño lleno de esencia de melisa.

Aparte de la preocupación por Hänschen, Gretchen tenía naturalmente un par de problemas más, pero ninguno era lo bastante acuciante como para que le surgiera en las horas de insomnio.